

Gluzman interpreta a Tchaikovsky

Por Mario Alegre Barrios

El Nuevo Día

Tan severo como implacable -y después de haber intentado tocar algunos pasajes de la obra- el eminente intérprete colocó el violín sobre su regazo y le dijo al compositor que su

concierto para este instrumento era "imposible de tocar". Desde ese momento han pasado ciento veintitrés años -días más, días menos- y la obra de P.I. Tchaikovsky sobrevive como una de las más populares del repertorio clásico. Y también sobrevive el violín que Leopold Auer usó para emitir aquel juicio que el tiempo se ha encargado de desmentir.

Ambos -el concierto y el violín, un espléndido Stradivarius- son dos de los protagonistas que esta noche serán parte sustancial del programa con el que continúa la temporada de abonos de la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico a partir de las 8 p.m. en la Sala de Festivales del CBA Luis A. Ferré, velada en la que el maestro italiano Giuseppe Cataldo ocupará el podio, con el violinista ucraniano Vadim Gluzman -centinela y usuario del legendario instrumento- como solista en el opus 35 de Tchaikovsky. El programa incluirá el estreno de la *Oberatura festiva*, del puertorriqueño Mariano Morales, y la cuarta de las sinfonías de Félix Mendelssohn, conocida como la *Italiana*.

De palabra fácil y ameno conversador, Vadim Gluzman explica que su vocación tiene un origen genético compartido con el ambiente que rodeó su niñez, como hijo de músicos y profesores. "¿Sabes?, de pequeño me sentía celoso al ver a mis padres enseñar música a otras personas", recuerda. "En mi rebeldía, me empecé en que me enseñaran a mí también y así comenzó todo."

Las demandas del pequeño Vadim no fueron vistas con buenos ojos por sus padres. Bien sabían ellos lo difícil que podía ser la vida para un músico, especialmente cuando se era judío dentro de la Unión Soviética. "Mi madre me llevó entonces con un profesor amigo de ella, con la esperanza de que este señor me conociera y declarase que yo no tenía talento musical", evoca con una sonrisa. "Al final él le dijo que no podía mentir: le aseguré que si tenía la vocación y las condiciones necesarias para poder dedicarme a la música. En verdad le estoy muy agradecido a ese profesor... no sólo por eso, sino también porque se convirtió en mi suegro desde hace seis años."

Mientras conversamos, Vadim -quien nos visita acompañado por su esposa, la pianista Angela Yoffe- rememora su coyuntural encuentro con el archifamoso Isaac Stern en Jerusalén, hace una década, episodio que marcó a fuego el rumbo que habría de seguir en su carrera. "En ese entonces yo tenía 16 años y acababa de salir de Rusia y del encierro

Especial / Rosario Fernández Esteve



El maestro Giuseppe Cataldo junto al violinista Vadim Gluzman.

Acompañado por la Sinfónica, el virtuoso ucraniano interpretará esta noche el archifamoso concierto para violín del compositor ruso, con un instrumento vinculado estrechamente a la génesis de esa obra

ideológico, artístico y espiritual que eso significa", explica. "No tenía una idea clara de cómo era el mundo afuera y, mucho menos, quién era en realidad Isaac Stern, más allá de que era un famoso y ya legendario violinista. No sabía, por ejemplo, su enorme compromiso para ayudar a jóvenes como yo. Simplemente supe que él estaba escuchando a otros muchachos y quise probar, realmente sin

grandes expectativas. Acababa de salir de una caja y desconocía, repito, cómo era el mundo afuera. Me dijeron que sería bueno que tocara para él y simplemente lo hice. En esa ocasión toqué la *Sinfonía española*, de Laló, y la *Danza de las brujas*, de Paganini, entre otras cosas. No lo sorprendí demasiado, pero sí lo suficiente para que fuera bastante crítico conmigo y asumiera el compromiso de ayudarme."

A raíz de ese encuentro, el maestro Stern comenzó a hacerle diversos comentarios que fueron esenciales en su formación. Le hizo notar, por ejemplo, que no tenía a Bach en su repertorio y tampoco una sola obra de cámara. "Es obvio que no se puede tocar con una orquesta si antes no se ha aprendido a tocar con un pianista", comenta. "Stern ha sido una inspiración constante en mi carrera y cada vez que nos encontramos y toco para el maestro, conversamos y es como si él tomara mi cabeza y la virara 180 grados para decirme 'ahora mira hacia allá... eso es algo especial también'. Stern ha sido una brújula en mi vida y me siento infinitamente agradecido con él."

Respecto al futuro de la música clásica, Vadim asegura que no se siente demasiado preocupado, ni siquiera plena en la tecnología y en otras formas de esparcimiento. "No creo, como algunos dicen, que la música clásica está muriendo", señala. "Quiénes así piensan son usualmente las personas que la ven sólo como un medio para hacer dinero. Para ellos sí es verdad que la música clásica está dejando de ser un negocio y eso no es extraño. De hecho, la música clásica nunca fue un gran negocio, excepto cuando la han querido popularizar y llevarla, por ejemplo, a los estadios. Esa no es su naturaleza y nunca lo será. Cien años atrás los conciertos de música clásica eran algo íntimo, en una sala y así siguen siendo en realidad. No son espectáculos masivos, como los de las grandes estrellas del rock, por ejemplo. Es infinitamente más fácil convencer a la gente de que vaya a ver a Ricky Martín que a Vadim Gluzman y eso no es ni bueno ni malo, simplemente es... ¿para qué angustiarse por eso? Al menos a mí no me preocupa, ni me quita el sueño y tampoco hace que disfrute menos lo que hago, que es un arte de minorías... siempre ha sido así y siempre lo será."

Con dos discos en su haber, Vadim apunta que tiene otras dos grabaciones en agenda para un futuro no muy lejano, pero que tampoco le preocupa demasiado el quehacer discográfico. "La verdad es que el mundo del disco está en crisis y más el de la música clásica", apunta. "Por otro lado, hay decenas de grabaciones del concierto de Brahms, para poner un ejemplo, por solistas tan eminentes como Oistrakh, Heifetz, Szeryng, Perlman, Zuckerman, Stern, Mintz y Mutter. Con estos nombres, ¿quién en su sano juicio va a comprar ese mismo concierto con un solista llamado Vadim Gluzman?"

Como coda, Vadim asegura que suele soñar con los ojos abiertos y que una de sus intenciones cotidianas es llegar al final de cada día sin tener algo de que arrepentirse. "Quisiera tocar siempre bien", apostilla. "Este es un oficio adictivo. Me levanto por las mañanas y en lo primero que pienso es en tomar el violín y tocar algo. En verdad, simplemente espero tocar bien hasta el final de mis días, como Szeryng, quien una noche tocó el concierto de Brahms, se fue a dormir y murió."